

LA ESCUELA DE MEDIEVALISMO DE ZARAGOZA

J. ÁNGEL SESMA MUÑOZ
M.^o ISABEL FALCÓN PÉREZ

Este año se cumple el centenario del nacimiento de José María Lacarra (1907-1987), catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza durante treinta y seis años, uno de los medievalistas más relevantes de la historiografía española del pasado siglo y en gran medida responsable del impulso experimentado por los estudios de la Edad Media en nuestro país.

Nacido en Estella (Navarra), licenciado y doctorado en Madrid, Facultativo del Cuerpo de Archiveros, Lacarra llegó a Zaragoza en 1941, a la que podemos considerar una universidad de provincias, y se jubiló en 1977, tras haber sido durante dieciocho años (1949-1967) Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, gestor del crecimiento global experimentado por los estudios de humanidades en la Universidad zaragozana, creador del Centro de Estudios Medievales de Aragón (CEMA) adscrito al CSIC e impulsor desde el Departamento de Historia Medieval de la investigación del pasado histórico de Aragón y Navarra.

La presencia de Lacarra en la universidad zaragozana sirvió para reactivar una tradición muy arraigada en la Facultad por la investigación y la docencia de la historia aragonesa de los siglos medievales, que se había apoyado en la colaboración de medievalistas, arabistas y documentalistas, mantenida desde los decenios de finales del siglo anterior.

1. NACIMIENTO Y PRIMERA ETAPA DE LA LLAMADA «ESCUELA DE MEDIEVALISMO DE ZARAGOZA»

El medievalismo universitario en Zaragoza arranca a finales del siglo XIX. Sus iniciadores fueron Julián Ribera y Tarragó, catedrático de Lengua Árabe y Eduardo Ibarra Rodríguez, catedrático de Historia Universal. El primero, valenciano, discípulo de Francisco Codera, llegó a Zaragoza en 1887

y ocupó la cátedra hasta 1905 en que se trasladó a Madrid al desaparecer en la Facultad de Letras la cátedra de Árabe; el segundo, aragonés de Calatayud, obtuvo la cátedra en 1888, fue dos veces Decano de la Facultad y en 1914 pasó también a Madrid como catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea. Ambos ingresaron en la Real Academia de la Historia y desarrollaron una intensa actividad docente e investigadora.

La colaboración desplegada por los dos en Zaragoza quedó marcada por proyectos muy expresivos. Ribera había trasladado consigo la imprenta de Codera con la que se componía la «Biblioteca arábigo-hispana» y sirvió para publicar otros libros; Ibarra, inició la «Colección de materiales para el estudio de la Historia de Aragón», no reservada a temas medievales, aunque los primeros volúmenes correspondieron a la publicación de fuentes inéditas de época medieval. Ambos crearon en 1900 la *Revista de Aragón*, órgano de expresión de un movimiento cultural de raíz aragonesa, pero de amplio aliento, como demuestra que en los seis años publicados colaboraron nombres tan relevantes como Codera, Asín Palacios, Menéndez Pidal, Ramón y Cajal o Altamira. Y los dos, a pesar de ser tan dispares, desde la Universidad traspasaron a la sociedad la inquietud por conocer un pasado que se proyectaba en el presente, en un marco de superación de una etapa de gran inestabilidad y de búsqueda de la necesaria regeneración social.

Pero sin duda su mayor empeño lo dirigieron a la investigación y docencia de la historia medieval, tarea en la que compaginaron sus especialidades para presentar la simbiosis de un pasado musulmán y cristiano, dando así la principal característica a la Escuela zaragozana. Igualmente, impulsieron la atención a las fuentes documentales, promoviendo la edición de textos como paso previo para abordar las investigaciones y mostraron una gran sensibilidad por mejorar el concepto y la enseñanza de la historia, con la publicación de reflexiones de hondo calado ideológico, como «¿Es ciencia o arte la historia?», «¿Qué es historia?», «La supresión de los exámenes», «La superstición pedagógica», etc. por parte de Ribera; y «Los progresos de la ciencia histórica en el presente siglo», «La reforma de los estudios históricos en nuestra enseñanza universitaria», «El cultivo de la historia regional» o «El abuso de lo pedagógico», entre otros de Eduardo Ibarra.

Una vez puesto en marcha, el proceso parecía ya imparable. En 1900 se incorporó como catedrático de Historia de España Antigua y Medieval el zaragozano Andrés Giménez Soler, licenciado en la Facultad, que en 1893 había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, destinado al Archivo de la Corona de Aragón, profundo conocedor de las fuentes documentales aragonesas; su presencia en la Universidad de Zaragoza dio continuidad al primer arranque, porque permaneció en la cátedra hasta su fallecimiento en 1938. Hombre de gran capacidad de trabajo, reunió a su alrededor un grupo de discípulos (Pascual Galindo, José Manuel Blecua, Ángel

Canellas), se implicó en proyectos y responsabilidades de gran peso social (riegos, ferrocarriles, etc.) e incorporó a los temas de interés de las investigaciones el ámbito de la Corona de Aragón (su obra más divulgada, *La Edad Media de la Corona de Aragón*), y, sobre todo, con una visión mucho más viva de los estudios de historia, se abrió a cuestiones más próximas a la sociedad, como se ve en sus obras, *El problema de la variación del clima en la cuenca del Ebro* o *La frontera catalano-aragonesa*.

Giménez Soler manifestó su necesidad de difundir y dar alguna utilidad práctica («en el sentido en que hoy se entiende el adjetivo práctico») a lo que se hace en la Facultad de Letras, lo que le llevó a intervenir activamente en proyectos que transmitieran a la sociedad los resultados de las investigaciones y sus objetivos: «la Universidad ... si quiere vivir, ha de interesarse por los problemas nacionales, tratándolos como a ella corresponde, del modo más científico posible». Así, por ejemplo, la organización en Huesca, en 1920, del IIº Congreso de Historia de la Corona de Aragón (en el que intervino con su estudio sobre la frontera) y la edición en 1923 del primer volumen de las «Memorias de la Facultad de Filosofía y Letras» (en el que incluye el polémico trabajo sobre el clima), que lamentablemente no tuvo continuidad. Su concepto de la historia es claro al respecto; en el manifiesto-prólogo que encabeza este último artículo sobre la variación climática en el Ebro, lo expone con rotundidad: «yo expongo hechos, apoyándolos siempre en testimonios fidedignos; luego pienso y afirmo; los hechos ahí están con su fuerza irrefragable; las opiniones cada cual puede aceptarlas o negarlas», lo mismo que la finalidad de la Historia: «soy de los que creen que España necesita una organización nueva que debe fundarse en la geografía y no en la Historia, y al encontrar argumentos en pro de mis ideas, los utilizo sin miedo a que me digan que esto es política y que hago la historia parcial, pues para deducir lecciones de experiencia estudiamos lo pasado, no para recreo de la curiosidad ... La historia enseña que cuando los pueblos se agrupan libremente, lo hacen siempre según vínculos terrestres naturales, y dice asimismo que sólo hay riqueza social cuando los pueblos son autónomos, es decir, libres de disponer de su territorio, que la verdadera libertad política consiste en eso y la dominación no se ejerce echando cadenas sobre los hombres, sino tomándoles la tierra».

En 1905 se produjo la doble llegada de dos nuevos catedráticos que completaron en diferente medida los estudios de historia en la facultad. En primer lugar, Manuel Serrano y Sanz, también procedente del mundo de los archivos, pues había estado destinado desde 1889 a la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Su obra se extiende por temas de arte, literatura, historia de América y, por supuesto a Aragón, con trabajos fundamentales, como *Los amigos y protectores aragoneses de Cristóbal Colón*, vol. 1 de su *Orígenes de la dominación española en América* (1929), *Noti-*

cias y documentos históricos del condado de Ribagorza hasta la muerte de Sancho Garcés III (año 1035) o sus estudios sobre Juan Fernández de Heredia. El segundo de los universitarios incorporados fue el fragatino José Salarrullana de Dios, licenciado en Zaragoza, arqueólogo, que en 1903 ganó por oposición la cátedra de Granada y que en 1905 se trasladó a Zaragoza, donde permaneció ya hasta su muerte en 1955, íntimamente unido a la universidad (fue rector entre 1932 y 1939) y a la ciudad (fue nombrado alcalde en 1916). Su gestión al frente del rectorado permitió establecer en la Facultad de Filosofía y Letras las especialidades de Filología Clásica y las de Historia Antigua, Medieval y Moderna, así como el título de Archivero, Bibliotecario y Arqueólogo¹.

La base de los estudios históricos en los años 1920-30 estaba firmemente asentada en la Universidad, especialmente con una nueva generación de medievalistas, en la que destacan los nombres de Abizanda Broto, Macho Ortega, Pascual Galindo, Usón Sesé, Ramos Loscertales, Áurea Javierre o Jimenez Catalán entre otros, que cursaron sus estudios y comenzaron sus trabajos de investigación a la sombra de esos maestros, pero también porque su influencia había calado en otros ámbitos de la sociedad aragonesa, dándole una enorme vitalidad. Figuras como Santiago Vidiella, doctor en Derecho pero que desde el Bajo Aragón estaba dedicado casi en exclusiva a la historia medieval, el granadino Ricardo del Arco, que se hizo cargo del Archivo de Hacienda de Huesca en 1908 y desde él desplegó una enorme actividad cultural e investigadora; el canónigo Dámaso Sangorrín en Jaca, los juristas Mariano de Pano, Marceliano Isábal, Pascual Savall, estudiosos de los fueros aragoneses, entre otros profesionales que desde diferentes puntos de Aragón contribuyeron a que creciera el interés por la historia del reino de Aragón.

La guerra civil de 1936-39 paralizó esta evolución y arruinó todo lo construido en los cincuenta años anteriores.

2. EN 1940, HUBO QUE VOLVER A EMPEZAR

La nueva generación tras la guerra hubo de partir casi de cero, sin apenas poder establecer continuidad con lo anterior. El 20 de noviembre de 1940, después de pasar en Madrid la guerra civil, José María Lacarra ganaba por oposición la cátedra de Historia Antigua y Media de España de la Universidad de Zaragoza, en la que desarrollaría toda su vida docente. Dis-

¹ A. UBIETO ARTETA, «Los estudios sobre Edad Media aragonesa», en *Estado actual de los estudios sobre Aragón. Actas de las primeras jornadas* (doc. 1978), vol. I, Zaragoza 1979, pp. 233-252. *El descubrimiento de una identidad. Aragón y la historiografía aragonesa (1870-1930). Exposición bibliográfica*. Introducción de J. Ángel SESMA MUÑOZ, Zaragoza 1994.

cípulo de Sánchez Albornoz, trajo a Zaragoza nuevas ideas y métodos para enfocar la Historia Medieval, y sobre todo un talante liberal y una amplitud de miras que le predisponían a aceptar cualquier innovación, sin importarle de quién procedía, si estaba sólida y científicamente apoyada. Licenciado en Historia y en Derecho, ávido lector, buen conocedor de las fuentes medievales, formado en el seno del *Centro de Estudios Históricos* y que en el curso 1933-34, comisionado por la Junta para la Ampliación de Estudios había asistido en París a *l'École des Chartes*, a *l'École Pratique des Hautes Études* y a los seminarios impartidos por los maestros Halphen y Lot y que durante los tres años de guerra, en Madrid, en su condición de Archivero del Estado, estuvo dedicado a proteger el patrimonio artístico, bibliográfico y documental.

Lacarra sucedía en la cátedra a Giménez Soler, pero sin posibilidad de continuidad. La situación general era muy diferente, la atmósfera en la universidad zaragozana había cambiado radicalmente y gran parte del claustro docente de la Facultad de Letras, formado por jóvenes falangistas no estaban, inicialmente, dispuestos a aceptar la llegada de un discípulo de Sánchez Albornoz a una cátedra que esperaban ocupar. El planteamiento de Lacarra fue por necesidad distinto a lo anterior; nada más tomar posesión de su nuevo puesto de trabajo intentó y consiguió reanudar sus tareas investigadoras emprendidas años atrás en el *Instituto de Estudios Medievales* y en el *Anuario de Historia del Derecho Español*, y proceder, con los mismo criterios y métodos a enseñar y transmitir la historia a sus nuevos alumnos. Con estos fines, a principios de 1941 fundó el *Centro de Estudios Medievales de Aragón* (C.E.M.A.), incorporado el 27 de enero de 1943 al incipiente Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.), e inició la publicación de la revista *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, como veremos inmediatamente.

El 16 de junio de 1942 D. José M.^a Albareda, Secretario General del C.S.I.C., remitió al profesor Lacarra un oficio para anunciarle que en sesión del día 11 anterior el Consejo Ejecutivo había acordado constituir la Sección de Estudios Medievales de Navarra (similar a las que se establecían en Barcelona y Valencia), tema del que ambos habían hablado largamente con anterioridad, proponiéndole que asumiese la jefatura de la misma.

La respuesta de Lacarra tardó unos meses. Don José María, navarro de nacimiento y hasta entonces volcado en su investigación hacia los temas navarros (fueros y ordenanzas municipales), estaba en esos momentos completando su proceso de anclaje a la nueva situación planteada en su vida y Zaragoza con su universidad se iba dibujando en su horizonte como un excelente lugar de ubicación². Sentiría una enorme satisfacción al ver re-

² Véase mi prólogo, «Pequeño esbozo biobibliográfico», en *En el centenario de José María Lacarra. Obra dispersa (1927 y 1944)*, Inst. Príncipe de Viana, Pamplona 2007.

conocida la identidad histórica de Navarra, pero su criterio universitario le impulsaba a considerar prioritario que un centro de las características del propuesto debía estar asentado en el ámbito de la Universidad, donde la historia tuviera la consideración científica y se desarrollara a través de proyectos de investigación emprendidos por profesionales. Finalmente, el 3 de enero de 1943, propuso que en lugar de la Sección de Navarra se financiase el Centro de Estudios Medievales de Aragón, que en régimen de autonomía sin adscripción a ningún organismo venía funcionando con provecho desde hacía casi dos años; a la carta acompañaba el proyecto o informe de constitución del Centro en el que, tras afirmar que el concepto de Edad Media aragonesa no se entendería de modo local y restringido, proponía abarcar toda la historia política e instituciones de la Corona de Aragón y de Navarra en la Edad Media en su sentido más amplio³.

Como plan inmediato de trabajo planteaba la recogida exhaustiva de la *bibliografía* (artículos de revista, libros y folletos) que pudieran interesar para la historia medieval de Aragón, de los *documentos publicados* referentes a la Edad Media aragonesa y la formación de un *archivo fotográfico* de fuentes medievales, que se iría reuniendo en campañas anuales sucesivas en los archivos locales de Aragón y Navarra primero y más adelante microfilmado la documentación dispersa en los fondos extranjeros. Además, se formaría una *biblioteca* especializada en temas medievales con especial atención a las publicaciones periódicas de los centros europeos y la edición de una revista anual, cuyo título *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, sugería el marco de atención de los proyectos asignados al CEMA, pues en ella no sólo se recogerían trabajos de la Corona aragonesa, sino que también «irán monografías referentes al antiguo reino de Navarra, cuya historia es en muchos momentos inseparable de la de Aragón»⁴.

Para iniciar sus labores el CEMA contaba ya con un grupo de licenciados en Filosofía y Letras o alumnos de los últimos cursos de la carrera que habían empezado bajo su dirección la formación de los ficheros bibliográfico y documental. Anunciaba que la Sociedad Económica de Amigos del País había cedido desinteresadamente un local donde se celebraban las reuniones con los colaboradores y donde rendían periódicamente cuentas de la labor realizada. En cuanto a personal, el centro debía contar, además del Director, con colaboradores eventuales y becarios (generalmente fueron tres). El presupuesto que solicitaba para el primer año no podía ser más modesto: 17.000 pesetas.

El 31 de enero del mismo año 1943 Albareda le anunció que el CSIC

³ Una parte del archivo de José María Lacarra ha sido ordenado por su hija, M.ª Carmen Lacarra Ducay, a la que agradecemos que nos haya permitido su consulta. Otro conjunto de papeles se halla depositado en el Departamento de Historia Medieval de la Facultad.

⁴ Advertencia con que Lacarra abre el vol. I (1945) de EEMCA.

había acordado aprobar la propuesta de organización del CEMA, reconocer el gasto de 17.000 pesetas para 1943 y nombrarle Director con la gratificación de 7.000 pesetas al año, puesto que Lacarra desempeñó hasta la disolución del Centro en los años setenta.

El 10 de octubre de 1943 en respuesta a la solicitud de D. Antonio de la Torre el Dr. Lacarra envió la primera Memoria de las actividades desarrolladas por el CEMA en el curso académico 1943, a la que siguieron puntualmente año tras año los informes anuales, cada vez más copiosos, fiel reflejo de la incesante producción científica del grupo que aglutinaba el centro. De su lectura se puede deducir el inmenso trabajo desarrollado, así como lo innovadora que fue para la época la investigación que llevaba a cabo, tanto como lo era la labor de adiestramiento de las nuevas generaciones de historiadores. Además, cada año los miembros del Centro impartían lecciones y seminarios fuera de la actividad docente ordinaria, mientras que las publicaciones derivadas de los trabajos de licenciatura y doctorado completaban los sucesivos volúmenes del EEMCA. La biblioteca crecía por las compras, aportaciones y por los intercambios establecidos y los fondos del archivo de microfilms iban aumentando espectacularmente, al continuarse año tras año las campañas fotográficas en archivos a veces totalmente inexplorados.

El CEMA dejó de tener actividad a raíz de la jubilación de don José María (1977) y con la reorganización del CSIC que hizo desaparecer la Escuela de Estudios Medievales, sin un certificado de anulación expreso. No hubo ya más becarios, ni publicaciones ni ayudas. Desapareció también la Sección de Valencia, en tanto que la de Cataluña pervivió bajo el nombre de Institució Milà y Fontanals, al tener personal de plantilla con plazas obtenidas por oposición. La biblioteca, los rollos de microfilm y los millares de fotografías positivadas del CEMA quedaron incorporadas, como siempre lo habían estado, a la cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, desde la que se procuró mantenerlas vivas, continuando la labor de acopio, accesibilidad y función, a pesar de la limitación de medios materiales y de personal. Posteriormente, la reordenación de los fondos bibliográficos de la Facultad de Letras y la construcción de una biblioteca centralizada de Humanidades (*Biblioteca María Moliner*) en el Campus universitario, separó del Departamento las colecciones de revistas y los libros que constitufan la biblioteca del CEMA, perdiéndose, al menos, el espíritu inicial. La colección de fotografías de documentos, sin embargo, ampliada con nuevas adquisiciones en otros formatos (fotocopias y soporte digital), sigue siendo un importante patrimonio de la Universidad de Zaragoza depositado y gestionado por el Departamento de Historia Medieval.

En el CEMA y en su cátedra, Lacarra formó a toda una nueva hornada de historiadores de la Edad Media. que continuó su Escuela, a la que per-

tenecemos todos los profesores de Historia Medieval mayores de cincuenta años, que fuimos sus discípulos directos: Antonio Ubieto (fallecido), Angel Marín Duque, María Luisa Ledesma (fallecida), Agustín Ubieto, Luis González Antón, Bonifacio Palacios, María Isabel Falcón, Carmen Orcastegui (fallecida), Juan Fernando Utrilla, José Ángel Sesma, Sebastián Andrés, Esteban Sarasa. En las universidades de Navarra y Valencia, alrededor de los profesores Martín Duque y Ubieto, fueron surgiendo las segundas generaciones de medievalistas de la escuela de Zaragoza, los «nietos» como a veces se llaman, de don José María; son, por ejemplo, María Desamparados Cabanes, Juan Carrasco, Ramón Ferrer, Pedro López y José Hinojosa, entre otros.

El órgano de difusión de esta Escuela fue la citada revista *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, que a pesar de las dificultades económicas, se editó con cierta periodicidad hasta 1975 (tomo X y último), constituyendo una referencia del medievalismo hispano. El alto nivel de los artículos recogidos y la información de sus secciones (en especial la titulada precisamente *Información*) atrajo el interés de los principales centros de investigación extranjeros, lo que facilitó desde muy temprano el establecimiento de su intercambio con las más importantes del mundo medieval, permitiendo así que la biblioteca del CEMA reuniera una completa colección de publicaciones periódicas especializadas en Edad Media desde los primeros años cuarenta del siglo XX.

Además, el CEMA patrocinaba otras ediciones, entre ellas cabe citar la *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, de Antonio Ubieto (1951), la edición crítica del *Fuero de Jaca*, de Mauricio Molho (1963), los dos volúmenes de la *Colección diplomática de la Catedral de Huesca*, de Antonio Durán Gudiol (1965 y 1969), los *Cartulaires de la Vallée d'Ossau* de Pierre Tucoo-Chala (1970) y *Las uniones aragonesas y las Cortes del reino (1283-1301)*, de Luis González Antón (2 vols, 1975).

La huella de Lacarra en la Universidad de Zaragoza nunca será suficientemente resaltada. Durante su periodo decanal dirigió la transformación de la Facultad de Filosofía, las sucesivas ampliaciones del edificio, los nuevos planes de estudio, el crecimiento del número de alumnos, el aumento del profesorado, la ampliación de la oferta de licenciaturas, el incremento exponencial de los fondos de la biblioteca, la dotación de los Departamentos y, en general el proceso completo de modernización, desde las bases anticuadas y franquistas de los años cuarenta que encontró a su llegada.

Y lo mismo puede decirse de la renovación de los estudios históricos, no ya en Aragón sino su influencia en el medievalismo español. Sus tempranas iniciativas como la reunión en Jaca en 1947, con el título «La reconquista española y la repoblación del país», la de Puigcerdá del año siguiente o los «Coloquios de Roncesvalles» (Pamplona 1955), significaron

los primeros contactos de los investigadores españoles entre sí y con los grandes especialistas europeos; encuentros que luego prolongó con la organización de las Semanas de Estudios Medievales de Estella (desde 1963), siempre con sus presupuestos científicos abiertos a los jóvenes, al debate y a la interdisciplinariedad. Su participación en los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas (desde el de París de 1950, Roma de 1955 y Estocolmo de 1960), en las semanas de Spoleto (1958, 1959, 1963), en los coloquios internacionales de Blankenberge (1962) sobre finanzas urbanas, o de Toulouse (1968) sobre «Estructuras sociales en la primera Edad feudal», fue el representante español en la Comisión Internacional de Historia Urbana y en 1958 presidió las sesiones dedicadas a la reconquista española en la Universidad de Tejas. Las invitaciones recibidas en los años cincuenta y sesenta para impartir cursos y conferencias en diferentes universidades (Poitiers, Burdeos, Toulouse, Berkeley, Coimbra, Lisboa, Oporto, etc.), reflejan el grado de difusión de la obra de Lacarra en el panorama nacional e internacional⁵.

Para la historia de Aragón y Navarra, que durante cuarenta años constituyó el objeto de su constante trabajo de investigación, los resultados pueden verse en los varios millares de páginas publicadas con estudios siempre renovadores, documentos inéditos fundamentales y observaciones lúcidas y oportunas. Pero además, como director de tesis y trabajos, siempre se decantó hacia lo posible y necesario; por eso, tras una primera fase orientada hacia temas de los siglos XI-XIII, con búsqueda de documentación (real o monástica) que cubriera los huecos dejados por la historiografía clásica, a la siguiente generación de discípulos, los que nos incorporamos a finales de los años sesenta, nos encaminó hacia la Baja Edad Media, los estudios urbanos y de la vida municipal, el poder real y sus manifestaciones, las instituciones del reino, los movimientos sociales y económicos, la demografía y la fiscalidad, con lo que trazaba una nueva línea de renovación de la historia de los dos reinos, Aragón y Navarra, de acuerdo con los temas y la época de mayor interés para la sociedad de la España del último cuarto del siglo XX.

3. LA CONTINUIDAD TRAS LA JUBILACIÓN DE DON JOSÉ MARÍA

Al jubilarse Lacarra en 1977 ocupó su cátedra Antonio Ubieto Arteta, uno de sus primeros discípulos, que llevaba muchos años de catedrático en

⁵ A. J. MARTÍN DUQUE, «José M^a Lacarra y de Miguel», *Anuario de Estudios Medievales*, 6, (1969), pp. 651-665; J. A. SESMA MUÑOZ, «El discreto magisterio de don José María Lacarra», en *Historiadores de la España medieval y moderna*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza 1998, pp. 69-87.

la Universidad de Valencia. Tampoco la estancia de Ubieta, menos larga por desgracia que la de su maestro, hubo de pasar desapercibida. Mantuvo la esencia y el espíritu heredados, adaptados a su personalidad. Continuó la edición de sus «Textos Medievales», esforzada colección de fuentes, inapreciable desde sus inicios en Valencia (los primeros volúmenes de 1960) en su editorial Anubar⁶. Se integró en el ambiente cultural aragonés y su entusiasmo y su profundo conocimiento de la historia medieval de Aragón se transmitió a una población deseosa de volver a percibir voces que explicaran de forma amena y clara episodios y circunstancias objeto de controversias (la batalla de Roncesvalles, el poema del Cid, la Campana de Huesca, la formación de la Corona de Aragón, los límites orientales del reino, y otros muchos). En sus casi doce años en Zaragoza (se jubiló en 1988, con 65 años, fue nombrado emérito y falleció en 1990), Ubieta extendió su magisterio por las nuevas generaciones de alumnos de la Facultad, atrayéndolos hacia los estudios de Edad Media, y muchos de ellos son profesores de la Universidad de Zaragoza y constituyen la siguiente generación de medievalistas.

A la cátedra de Zaragoza, vacante tras la jubilación de Antonio Ubieta, llegó en 1990 José Angel Sesma Muñoz, uno de los más jóvenes discípulos de Lacarra, que desde hacía tres años era catedrático en Lérida. Para estas fechas el consolidado núcleo de Historia Medieval, había aglutinado siguiendo la tradición establecida de antiguo, a los profesores de Paleografía y Árabe, formando un amplio Departamento con una extensa plantilla de profesores e investigadores (Amparo Cabanes, catedrática de Paleografía y Diplomática, discípula de Ubieta; María Jesús Viguera, luego Pedro Chalmeta y definitivamente Federico Corriente, en la cátedra de Lengua y Cultura Arabes) y en sucesivas ampliaciones de la plantilla docente, tras las preceptivas oposiciones José Luis Corral, Carlos Laliena, (actualmente también catedrático de Historia Medieval), Carmen García Herrero, M.ª José Cervera, Cristina Monterde, Pilar Pueyo, Rosa Gutierrez, Asunción Blasco, Antonio Gargallo (fallecido), Germán Navarro, Luis García Guijarro y Maria Luz Rodrigo.

La revista portavoz del Departamento ha pasado a ser *Aragón en la Edad Media*, iniciada en 1977 para continuar la desaparecida *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, aunque con las limitaciones de todo tipo que los nuevos tiempos imponían y de la que acaba de aparecer el volumen 19, en homenaje jubilar a la profesora Isabel Falcón, pero también el Departamento mantiene otras dos líneas de publicaciones, una derivada de la celebración anual (desde 1991) de los Seminarios de Historia Medieval, monográficos y destinados a completar la atención a los alumnos de doctorado, con participación de profesores de otras universidades y disciplinas;

⁶ R. FERRER NAVARRO, «El profesor Ubieta y el Medievalismo Hispano», *Ibidem*, pp. 87-116.

y la otra, centrada en la edición de fuentes (*Colección de textos e instrumentos para la investigación*), que ha publicado cuatro volúmenes desde el año 2003.

Una parte de los profesores del Departamento ha constituido un Grupo de Investigación, dirigido por Ángel Sesma, que se denomina CEMA en homenaje al antiguo Centro fundado por Lacarra y que ha sido considerado Grupo de Excelencia por el Gobierno de Aragón. Los objetivos generales se centran en la investigación y difusión de la historia aragonesa en los siglos medievales. Los proyectos más inmediatos son la edición de las actas de las Cortes de Aragón en catorce volúmenes (ya hay publicados tres y otros dos están en prensa), de la documentación de las aduanas del reino (dos volúmenes publicados y otro en prensa) y otras fuentes (se ha editado la colección diplomática del monasterio de San Victorián (Martín Duque) y está en prensa la del cartulario de Fanlo (Laliena) localizado en la biblioteca de la Universidad de Pensilvania); igualmente, el análisis múltiple de temas básicos de investigación (se ha publicado una colección de trabajos sobre demografía preparados por los miembros del grupo y está en prensa otra sobre ordenación del espacio rural); la redacción y edición de monografías de aspectos más localizados (ya están publicados, en la colección *Mancuso*, los relativos al puente de piedras de Zaragoza (Iranzo), el poblamiento en el río Martín (Laliena y Ortega), el atentado de Fernando II en Barcelona (Sesma) y los ciudadanos zaragozanos (Mainé) y el estudio del territorio histórico de Aragón y su vertebración por medio de las vías de comunicación y los cursos de agua (el Gobierno de Aragón encargó y ha editado el libro *Aragón, puerta de Europa*, estudio sobre el Camino de Santiago preparado por miembros del Grupo).

En Grupo CEMA en el que se integran jóvenes becarios que están realizando sus tesis doctorales, continúa la línea y el espíritu de esa Escuela de Medievalismo que desde hace más de un siglo, adaptándose a las circunstancias, desempeña desde la Universidad de Zaragoza la tarea de mantener una línea de investigación, divulgación y docencia del pasado histórico del reino de Aragón.